

El Barco de Avila, 11 de octubre de 1979

Mi querido, admirable, generoso Pepillo: Acabo de terminar de leer tu impagable libro sobre mi teatro y deshecho por la emoción, balbuceante, solo se me ocurre decir una vez más aquella oración que yo llevo dentro de mí y que es mi "padrenuestro", la oración que dice: "Yo no soy digno..."

A medida que lo iba leyendo me fui empequeñendo, porque al cabo, gracias a Dios y a tu talento, lo que se alzaba por encima de todo era la injusticia y la tragedia de España, de su lengua y su cultura, frente a una ola destructiva secular. Con mis gritos y tus gritos has levantado el gran grito de la tragedia española. Pero aun sin considerarme "digno" de ese monumento, te digo que me has insuflado tanta fe, tantos ánimos, al presentar mi trabajo como algo honrado y sincero, que creo que ya nunca habré de desfallecer y frente al silencio la postergación y la injusticia sabré fundirme con mis personajes, nuestros personajes, y salir adelante, con la ayuda de Dios, para rematar dignamente la obra.

Tantas cosas quisiera decir y no puedo. Algo puedo decir: ya no voy a ser el de antes. Porque voy a luchar, voy a intentar ser "digno" de ese trabajo, digno de la tragedia dramática española, digno de la cultura malherida, digno de tí en suma.

Me es muy difícil analizar objetivamente el libro. Pero creo que has conseguido lo que querías, lo que dices al final y al principio-estupendo el prólogo-es decir: LECTURA VIVA. Lectura tan viva que se hace casi carne, que rebulle, que respira, patealeando sobre el lenguaje, sobre la expresión, sobre todo. Es el desgraciado teatro español el que bulle y canta en tus páginas, el teatro que tiene por protagonista al pueblo.

He pensado mucho, con cierta tristeza, en lo hermoso que sería si todos estuviéramos unidos y todos tuviéramos la generosidad y grandeza tuya para ver la obra de los demás: Buero, Gala, Sastre... Entonces sí que el teatro español se levantaría de su postración y sanaría.

Ese libro debieran leerlo todos. Porque es un acta de acusación y una defensa general. Debieran leerlo todos y sin embargo debemos esperar el silencio. Qué importa. Por lo pronto, el Dr. Caldera, el genovés, que estaba conmigo cuando lo recibí, me lo quiso quitar para llevárselo a Italia. No se lo di, naturalmente, pero tomé nota para pedirlo. En Italia lo quieren. En Estados Unidos seguro que también. Creo que no faltará quien lo lea. Los únicos que no van a querer saber nada de él son los "culpables" de todo y ya sabes quienes son.

Ahora lo que deseo firmemente es que saques las oposiciones-que si las vas a sacar-que escribas lo tuyo, que sigamos muchos años la lucha conjunta y que podamos morirnos tranquilos de haber cumplido con nuestro deber de dramaturgos españoles.

Hablaremos mucho, mucho de este libro. Que Dios te lo pague, Pepillo,

